

Demasiado Joven Para Conducir

Por **Katherine Ross**

LO QUE más deseaba Jaime en el mundo era conducir un automóvil. Pero cada vez que se lo mencionaba a su padre, éste le decía: "Eres demasiado joven para conducir. Sólo tienes 11 años. Todavía te faltan algunos años para que puedas obtener tu licencia de conductor". Pero Jaime estaba seguro de que él no era demasiado joven. A menudo se había sentado en el automóvil y había practicado los cambios hasta que llegó al punto de poder hacerlos con los ojos cerrados. Además, cuando era más pequeño, el papá le había permitido sentarse en sus rodillas y tomar el volante. Eso era lo más fácil. Jaime estaba convencido de que él podía conducir tan bien como cualquier otro. Lo único que le impedía hacerlo era una tonta vieja ley que lo prohibía.

Jaime habló con Rubén, su mejor amigo.

-Yo sé que puedo manejar bien -arguyó-, si ellos me dieran la oportunidad de demostrarlo.

-Claro -respondió Rubén-. Pero no lo harán. Yo también quiero conducir, pero me dan la misma respuesta: "Tu eres demasiado joven". ¡Me da un fastidio!

El domingo siguiente había un programa en la iglesia. Jaime y Rubén estaban sentados juntos en la última hilera de bancos.

Después de un rato, Rubén dijo:

-Este programa es aburridor. Salgamos por ahí a vagar un poco. Jaime pensó un momento.

-Mis padres no me lo permitirían.

Rubén miró en derredor suyo.

-Ellos ni se darán cuenta. Estaremos aquí de vuelta antes de que el programa termine.

-No sé... -comenzó a decir Jaime.

Tomándolo por la manga de la camisa, Rubén se paró y le dijo:

-Vamos, antes que nadie lo note.

Una vez afuera, hablaron de distintas cosas. De pronto Rubén dijo:

-Varios a sentarnos en el auto.

Jaime lo miró sorprendido.

-Pero tus padres no están aquí. Tú no tienes auto.

-Mi hermana tiene -explicó Rubén-. Es un Chevrolet nuevo. Es muy lindo.

Los muchachos abrieron la puerta del auto y se deslizaron adentro, sentándose en el asiento delantero. De pronto Rubén se irguió.

- ¡Eh! ¡Llaves! Mi hermana dejó las llaves en el auto-. Volviéndose luego a Jaime agregó:- ¿No es una suerte?

-¿Qué quieres decir por suerte? Alguien le podría haber robado el auto. Mejor que se las lleves.

-No mientras no las use yo primero -afirmó Rubén-. Esta es nuestra oportunidad. ¿Qué estás esperando?

-Pero nos vamos a meter en problemas -protestó Jaime.

-¿Y quién se va a enterar de esto? -dijo impaciente Rubén-. El programa durará como una hora más. No nos llevará más de diez minutos recorrer el camino que da la vuelta y regresa aquí. Nadie se enterará



jamás de que el carro faltó por diez minutos.

-Yo no sé ... -dijo indeciso Jaime.

-¿Vas o no vas conmigo? -demandó Rubén.

Jaime se sentó apoyando su espalda contra el asiento.

-¿Me dejarás conducir a mí también?

-Tal vez -le respondió Rubén-, si tenemos tiempo.

Rubén encendió el motor y pisó el acelerador.

-Escucha el motor -dijo-. ¡Qué belleza!

Cuando trató de retroceder para salir, tuvo un poco de dificultad. pero no tardaron en llegar al camino. Al principio Rubén condujo cautelosamente.

-Tengo que tomarle la mano antes de ir muy rápido.

En esos momentos no había mucho tránsito, de modo que después de un rato Rubén aceleró la marcha.

-Mejor que no vayas tan rápido -le advirtió Jaime-. Tú no has conducido mucho.

Rubén se rió.

-¡Miedoso! Si yo quisiera podría ir más rápido que esto.

En ese instante apareció en la curva un auto, zumbando. Había suficiente lugar para pasar, pero Rubén no estaba muy seguro de lo que debía hacer, y prefirió no arriesgarse. De modo que aplicó los frenos y viró hacia la derecha del camino. Cuando las cubiertas tocaron la grava, los muchachos sintieron que el auto estaba fuera de control.

Rubén trató de accionar el volante, pero no sabía lo que debía hacer para recobrar el control del auto. Al tratar de llevarlo de nuevo al camino, hizo girar el volante con tanta fuerza que el auto comenzó a rodar por la cuneta. Para entonces el auto que los había pasado estaba ya muy lejos, de modo que nadie vio cuando el auto tumbó.

Al principio los muchachos estaban tan aterrorizados que no se movieron. Entonces Jaime, temblando, preguntó:

-¿Estás ... estás herido, Rubén?

Rubén trató de levantarse y salir gateando.

-Me siento machucado. Me duele un poco la cabeza.

Procuró abrir la puerta, pero no logró hacerlo. Entonces bajó el vidrio de la ventanilla.

-Suerte que el vidrio no se rompió -dijo Rubén-; salgamos de aquí antes de que alguien nos encuentre.

-Pero no podemos dejar esto aquí de esta manera -protestó Jaime.

-Tenemos que hacerlo -arguyó Rubén-. No estamos muy lejos de la iglesia. Entraremos calladitos, y nadie sospechará jamás que nosotros lo hicimos.

Jaime miró a Rubén.

-No -dijo firmemente-. No debíamos haber tomado el auto. Estuvo mal hacerlo... Eso fue robar. Yo no me escaparé para vivir siempre muerto de miedo de que alguien descubra lo que hicimos. Me quedará aquí mismo hasta que alguien venga.

-Pero te llevarás una paliza -dijo Rubén.

-Lo sé -estuvo de acuerdo Jaime-. Pero prefiero recibirla antes que mantener esto pendiente sobre mi cabeza.

Y diciendo así salió a la calle y detuvo a un vehículo que pasaba. Los padres de ambos muchachos no tardaron en llegar a la escena. Llamaron a un camión de auxilio para que colocara de nuevo el auto en el camino. A excepción de los guardabarros, el auto no estaba muy dañado. Los padres se pusieron de acuerdo para pagar el daño. Luego les dijeron a los muchachos que tendrían que trabajar para pagar todo el costo de la reparación.

-Pero, ¿cómo podemos hacerlo? -preguntó Jaime. Somos demasiado jóvenes para encontrar trabajo.

-Un muchacho que es bastante grande para arruinar un auto, es también bastante grande para ganar con su trabajo el costo de la reparación -dijo firmemente su papá-. Hay suficiente trabajo en el patio y en la huerta y espero que nuestro auto se mantenga limpio y brillante durante todo el verano.

-Está bien -concordó Jaime.

Y al considerarlo, mejor pensó que, al fin y al cabo, esa ley que se refería a las licencias de conducir no era tan tonta como parecía.